

á salir de su casa y estaba tomando de manos de su criado los guantes perla y el sombrero recién planchado que marcaban su elegancia de viejo verde, cuando llegó corriendo la doncella de Amandine y le dió una esquela de ésta, corta pero explícita : « Desconfía, mi viejo amigo. Dentro de poco tendremos ruido. Galbrán está que echa chispas. Dice que el pequeño le ha engañado, pero que Dartigues no se saldrá con la suya. Temo alguna perrada en los periódicos. Anda con ojo. Besos. — Amandine. »

Remancón dió un luis á la doncella, siguiendo la costumbre de tener á su discreción á los criados de las casas que frecuentaba; metió la esquela en la cartera y se dispuso á ir á la avenida Hoche para prevenir á Dartigues.

X

Bella era injusta cuando acusaba á Pedro de indiferencia. El enamorado sabía por los periódicos la llegada á París de la hija de Hernández y aunque resuelto á no ir á casa de Dartigues, no había podido resignarse á no ver más á Bella. Sabía que la joven era madrugadora. Muchas veces se había paseado con ella en Maillane al salir el sol. Y pensó que el paseo le sería tan agradable en el Bosque como en las orillas del Arbosque. Así pues, espío las salidas de la muchacha. La plaza de la Estrella se prestaba á aquel sentimental espionaje. El despacho del tranvía ocupaba la esquina de la avenida Hoche y los bancos, á la sombra de los árboles, facilitaban las esperas prolongadas, sin que se notase la presencia del observador. Pedro se instaló un día á las nueve en aquel punto tan ventajoso, y esperó.

El primer día vió pasar á su padre en coche, al trote de dos magníficos caballos. El carruaje tomó por la avenida de los Campos Eliseos y se dirigió hacia el centro de París. Pedro esperó en vano hasta las doce la aparición de Bella y, muy triste, se fué á almorzar á la calle del Luxemburgo. El día le pareció largo y

fastidioso y al día siguiente volvió á su observatorio. Vió también pasar, triunfante y soberbio, á su padre, que iba á sus negocios, y confundido con la multitud, á la que Dartigues no se dignaba mirar, pasó inadvertido de su padre, el cual, sin embargo, pensaba entonces en él, preocupado por su silencio y por su alejamiento.

Por fin, á las diez, en un elegante *tonneau*, que guiaba ella misma, apareció Bella acompañada por una de las damas de su madre y por un *groom*. Un movimiento irresistible impulsó á Pedro al borde de la acera, al mismo tiempo que una maniobra del tranvía detuvo el coche de la joven, y Bella vió á dos pasos á su amigo que le sonreía. La joven se ruborizó, prorrumpió en una exclamación de alegría, arrojó las riendas al lacayo y después de decir unas palabras á la señora de compañía, bajó del coche y se dirigió á Pedro con la cara iluminada de gozo y las manos tendidas, con un impulso de todo su ser que era la revelación completa de su amor. El joven se estremeció de alegría y al mismo tiempo de dolor. El recuerdo de la situación en que estaba respecto de Dartigues le desgarraba el corazón en el momento en que gozaba del placer de observar hasta qué punto Bella era suya.

— ¡Cómo! dijo la joven con dulce acento de reproche ¿tengo que encontrarle á usted en la calle? ¿Tan pronto ha olvidado usted lo que me prometió en Maillane?

— No, Bella, puede usted creerlo. Si no he venido es porque no me ha sido posible.

Bella le miró profundamente.

— La razón no me parece clara... Pero no nos estemos aquí. Paseemos juntos.

Se volvió hacia su acompañante y dijo :

— Señorita Auger, le dejo á usted el coche. Clement guiará. Yo voy hacia el bosque por la avenida con este caballero... tenga usted la bondad de ir á la vista para que podamos subir al carruaje si queremos. Arree usted, Clement.

El coche echó á andar y Bella dijo :

— ¿Vamos?

Atravesaron la plaza sin hablar, llegaron á la avenida del Bosque y tomaron la calle de árboles que está enfrente del paseo de caballos. Transeúntes, picadores domando caballos, viejos militares dando un paseo higiénico en sus monturas de guerra, y amazonas acompañadas de sus padres ó de sus maridos, descendían por las praderas de color de esmeralda, bajo los árboles floridos por la primavera y acariciados por el aire fresco y la rubia claridad del sol. Los jardineros que arrojaban á la luz matinal el chorro de las mangas de riego, parecían estar pulverizando el arco iris.

— ¡Qué hermoso es París! dijo la joven. En ninguna parte se ejerce sobre los visitantes un encanto parecido. Esto es una plenitud de goce para la mirada y para la imaginación. Parece que se respira una especie de embriaguez... Soy muy dichosa de encontrarme aquí y de estar al lado de usted...

Bella miró maliciosamente á Pedro y añadió :

— Me ha hecho usted esperar un poco este placer.

— Yo también lo he esperado con mucha impaciencia, dijo Pedro cediendo á su emoción; y cuando nos hemos encontrado, estaba esperando... Me parecía que pasaría usted y que podría verla... Hace dos días que esperaba allí inútilmente.

— ¡Me esperaba usted en la calle! ¿Qué me dice

usted? ¿No era más sencillo ir á verme á mi casa?

— No, Bella, no era más sencillo, sino mucho más difícil, por no decir imposible.

La joven sonrió un poco asombrada.

— Me dice usted cosas incomprensibles para mí... ¿Se ha vuelto usted romántico? ¿Quiere usted complicar las situaciones para que tengan más atractivos? ¿Va usted á pedirme que le hable por las noches desde mi balcón? Pues le advierto que está en el segundo piso y da al patio... Créame usted; venga todos los días á comer con su padre y hablaremos cómodamente en la velada. . Así combinaremos nuestros paseos de por la mañana.

Pedro movió la cabeza con desaliento.

— No me verá usted nunca en casa de mi padre, Bella, porque no es ese mi sitio... Mientras he ignorado las consecuencias que podía tener mi presencia en su casa, tuve mucho gusto en ir á ella. Pero se me ha demostrado que yendo á ella me mostraba ingrato hacia los que me han educado y querido y que mi nuevo afecto tomaba la importancia de una traición... Perdóneme usted que le cuente cosas tan tristes, tan humillantes para mí y tan dolorosas, pero es el único medio que tengo de explicar mi conducta y de conseguir que usted me la perdone. Soy muy desgraciado, Bella. Amo á usted con toda mi alma y estoy condenado á no verla más... No me censure usted, se lo suplico. Si obrase de otro modo sería un mal hijo y haría traición á la mejor de las madres. Mi deber es muy duro y le cumplo llorando, porque comprendo que nos vamos á separar para siempre.

Hablando así, paseaban juntos y nadie hubiera podido sospechar, viéndolos de lejos, las angustias que los afligían. Jóvenes y encantadores, andaban len-

tamente, en la claridad y la frescura de la mañana, y por la cara de Pedro corrían gruesas lágrimas que iban á pederse en la poblada barba.

Bella sin interrumpirle, le miraba de reojo. Sus ojos negros estaban más brillantes que de ordinario y una repentina palidez había blanqueado sus mejillas. Le dejó acabar, como si estuviese pesando los términos de la respuesta y dijo dulcemente :

— ¿Por qué se aflige usted, amigo mio, y cómo me ha juzgado? ¿Piensa usted que soy una colegiala obediente que atempera sus gustos á las conveniencias de sus padres? Ignoro las costumbres de Europa, pero yo no hago más que lo que quiero, si mi inteligencia y mi corazón me dicen que hago bien. Cuando me dijo usted que me quería le prometí ser suya. ¿Cree usted que estos compromisos se contraen á la ligera y que pueden cambiar por una disposición cualquiera de las personas que nos rodean? No, querido Pedro. Lo que se dijo en Maillane cogiendo flores en las orillas del Arbosque, dicho está en París, en los aturdimientos del lujo... No soy ni ligera ni falsa. No tema usted, pues. Si está usted tan decidido á conservar me su cariño como yo á guardarle el mío, tendremos, acaso, que vencer dificultades, pero, tarde ó temprano, seremos dichosos.

Pedro cogió la mano que se posaba en su brazo y la oprimió cariñosamente. Hubiera querido llevársela á los labios y penetrarla con un beso del calor de su agradecimiento. Admiraba á Bella por su valentía y la amaba por su sinceridad. No hacía media hora que estaban juntos y habían ya dicho todo lo que les parecía esencial : su ternura y su fidelidad. Bella tenía diez y ocho años y Pedro veinticuatro; los dos se adoraban y se lo decían en la aurora de la vida, en

la gloria del sol y en una hermosa mañana de primavera. ¿Qué más podían desear?

Delante de la puerta del Bosque estaba esperándolos el coche. Se acercaron y Bella dijo:

— Querida señorita Auger, si quisiera usted ser buena, bajaría despacio hasta el paseo de las Acacias. Nos encontraremos en el tiro de pichón. La mañana está buena para andar...

El coche se puso en marcha al trote de un vigoroso poney negro, que tascaba el freno lleno de espuma, y los dos jóvenes continuaron su paseo por las arboledas llenas de verdor naciente.

— No quiero, dijo Bella, que me cuente usted los disturbios cuyas consecuencias sufre tan cruelmente. ¿Para qué conocerlos? No pretendo juzgar á nadie y si quisiera la desgracia que tuviese que tomar partido, que sea lo más tarde posible... Pero, vamos á ver... Míreme usted... No quiero verle llorar más. Si vuelve usted á su casa con los ojos enrojecidos y su madre sabe que hemos hablado, podrá decir: ¿Quién es esa mala persona? Y formará mala opinión de mí. Yo quiero que ella también me ame.

— Cuando se conozcan ustedes, no tardarán en entenderse.

— Y eso no me impedirá seguir amando al señor Dartigues, dijo Bella con firmeza. No olvidaré jamás lo bueno que ha sido para mí desde que estoy á su lado... ¡La ingratitud es horrible!

— ¿Verdad que es bueno? exclamó Pedro con una especie de alivio de conciencia. ¡Si supiera usted qué penoso es para mí el tener que vivir lejos de él! Porque ha sido tierno y dulce para mí, y sinceramente, lo sé... No puedo, sin embargo, obrar de otro modo, porque si no ofendería á « los otros », á los que debo todo, mi

vigor físico y mi altivez moral. Lazos indestructibles me retienen á su lado y, sin embargo, amo á mi padre y esto me hace sufrir hasta tal punto que difícilmente su ternura de usted podrá curarme.

— ¡Paciencia! Deje usted hacer á la vida, que arregla y resuelve los más difíciles problemas. Su padre de usted y sus amigos, personas muy inteligentes, dicen que no hay que retroceder ante los obstáculos y que siempre se sale de todos los apuros. ¿Por qué ha de ser usted más pesimista que ellos?

— Es que, ¿sabe usted, Bella?, el hombre que siente en la vida muchos escrúpulos, resulta tan embarazado como un niño á quien se quitan los andadores. Todo le detiene, todo le inquieta, todo le hace vacilar. Yo soy ese desgraciado que no sueña más que con la honradez ni quiere más que el bien y en todas partes tropieza con la doblez, el egoísmo y la maldad. Las personas en quienes yo descansaba para todo y á quienes pedía consejo en todos los casos, se encierran en una mudez absoluta y por delicadeza, por virtud, casi por heroísmo, me abandonan á mí mismo lleno de inquietudes y de dudas. De eso me quejo y por eso lloro. Por mucho que miro al rededor mío, no veo más que la soledad, el silencio y la obscuridad.

— Si sigue usted las inspiraciones de su corazón, puede estar seguro de no engañarse. Y si tiene una duda, su conciencia sabrá resolverla. Está usted entre dos partidos y ama á los que se encuentran en cada uno de ellos. ¿No es eso natural? ¿Quién se atreverá á recriminárselo? Amando á Dartigues no es usted ingrato con su madre... ¿Quién sabe si en un momento dado no podrá usted ser útil á los unos y á los otros?... En fin, lo esencial es que estamos de acuerdo. Si no puede usted ir á mi casa, nos veremos por las mañanas,

en el Bosque, como ahora, y no tendremos por qué quejarnos. Se lo diré á mi madre, pues no quiero ocultarle nada de lo que hago y siempre me ha dicho que yo sería libre... ¿Quiere usted que hable de nuestra entrevista al señor Dartigues?

— Háblele usted, si lo cree necesario. Pero cuide de no despertar sus susceptibilidades. Debe saber á qué complicaciones le ha expuesto su candidatura... No vaya á creer que he hecho causa común con sus adversarios...

— ¡Dios mío! ¡Lo que es la ambición! ¿No podía contentarse con dirigir sus inmensos trabajos? ¿Qué satisfacción podrá encontrar, él, que es omnipotente en los negocios, convirtiéndose en un simple diputado perdido en el montón? Un hombre que es pastor, quiere una plaza en un rebaño... Comprendo al general, mi padre, solo enfrente de la nación. Eso valía la pena. De un plumazo echaba por tierra al más orgulloso de los ministros ó convertía á su criado en gobernador de una provincia... Todos temblaban ante él. Tenía la armada, el ejército, el tesoro... Pero estos diputados de Francia... Ayer me explicó su situación el señor Barandet... Nueve mil francos de sueldo y unos cuantos estancos y escuelas que proveer. Esa es su prebenda. ¡Es lastimoso! ¿Y por eso se pelean? Más valdría ser vendedor de cidra en Valparaíso... Quisiera yo saber por qué su amigo de usted Barres está tan obstinado y no deja el campo libre al señor Dartigues...

— ¡Ah! Bella, porque Barres es un reformador que quiere hacer triunfar sus ideas y solamente en la tribuna se puede hacer oír de todo un pueblo. Sería una gran desgracia que Barres no entrase en el Parlamento. Sus mismos adversarios lo reconocen, aunque le temen.

— Pues que se presente en otra parte.

— Habla usted de estas cosas, dijo Pedro sonriendo al fin, como si fueran muy sencillas. Ya no es posible que Barres retroceda, como no lo es que un adversario eluda un duelo cuando ya se han cruzado las espadas. Hay todo un partido detrás de Barres y no puede dejar de avanzar aunque quisiera. Como decía un antiguo: Es su jefe y tiene que seguirlos.

— Toda esa gente va á hacer horrores por cuenta de los dos candidatos.

— Eso temo. Y usted ha visto claro en la situación. Estamos como los viajeros de dos trenes lanzados el uno contra el otro por la misma vía y á los que ya los maquinistas no pueden detener. Se va á producir un choque terrible. ¿Cuántos serán aplastados?

— Procuremos salir intactos nosotros. Sea usted prudente y piense que no se pertenece por completo. Lo menos que puede usted arriesgar en esta aventura es mi tranquilidad.

— ¡Querida Bella!

Se callaron. El paseo de las Acacias, iluminado por el sol, extendía delante de ellos hasta el azulado horizonte su cinta amarillenta bordeada de viejos y nudosos árboles. De pronto salió de la espesura una manada de gamos espantados por un perro que jugaba en la hierba, y aquellos animales, casi familiares, trotaron por el camino sin cuidarse de los coches, de los jinetes ni de los paseantes. Bella miró á Pedro sonriendo.

— Me parece, dijo, que los hombres no deben mostrarse muy feroces en este París, donde no lo son los animales mismos...

— ¡Oh! respondió Pedro. Es que los animales son mucho mejores que los hombres.

Llegaron al coche, en el que la señora de compañía

esperaba pacientemente á Bella, y ésta ofreció la mano á Pedro y dijo :

— ¡Hermoso día! Estoy contenta de mi paseo. ¿Hasta mañana, eh? En el mismo sitio y á la misma hora.

— Vendré, puesto que usted lo quiere.

Pedro ayudó á la joven á subir al coche, la vió coger las riendas y la fusta, y el *tonneau* rodaba ya al trote cadencioso del caballo, y todavía estaba el joven inmóvil mirando á la que amaba. La encantadora visión desapareció en un recodo del camino y Pedro se encaminó á París con el corazón lleno de alegría.

La esquila que Amandine envió á su viejo amigo resumía fielmente la situación. Dos días después de aquel en que Galbrán supo que su venganza había fracasado y que no sacaría más ventaja de su traición que los diez mil francos recibidos á cambio de los papeles de Dartigues, había aparecido un artículo atrozmente pèrfido en el *Suelo de Paris*, que sacaba á relucir la candidatura de Maillane y acusaba al gobierno de protegerla. En una forma festiva y ligera se ponían en relación la vida privada de Dartigues y sus negocios industriales en ambos mundos, con la sangrienta carrera política del presidente Hernández. Las especulaciones atrevidas de aquél eran asimiladas á las trágicas aventuras de éste y se pintaba al distrito de Maillane como destinado á ser una especie de feudo para el negociante, con el apoyo de gobierno.

Se dirigían á Dartigues las más crueles acusaciones y se le presentaba como la encarnación de todas las corrupciones y de todas las crueldades capitalistas. El ministro de obras públicas, á propósito de la línea de ferrocarril, el de marina, por lo del puerto de Gabes, y el presidente del Consejo por la candidatura de Mai-

llane, recibían también sendos arañazos. Y por fin, se anunciaba una interpelación en una sesión próxima del Parlamento, á fin de saber si el reinado de los filibusteros, inaugurado en Panamá y en los ferrocarriles del Sur, continuaba todavía.

El moralista, autor de aquel vigoroso escrito, no había querido que los interesados lo ignorasen y el periódico, señalado con lápiz rojo, fué enviado á Dartigues y á Pedro. En cuanto á los ministros, sus secretarios respectivos les hicieron tragar la pildora en el momento del desayuno. El ministro de Obras públicas estaba serio, el presidente del Consejo echaba espuma por la boca, y el ministro de marina, viejo lobo marino, se había aliviado con unos cuantos juramentos, aunque, en el fondo, el descontento de sus colegas no dejaba de alegrarle.

El primer impulso de Dartigues fué correr al periódico, pero Barandet le disuadió y fué á informarse de lo que había. Era la primera vez que Dartigues tenía que contar con la potencia soberana é ilimitada de la prensa. Bastaba que hubiera puesto el pie en el terreno de la política, para exponerse á todos los ataques, cuyas consecuencias no podía medir. Se sentía herido, pero pensaba que aquello se arreglaría comprando al periodista y, si era preciso, el periódico. ¿Qué había en el fondo del asunto? Una petición de dinero, y Dartigues sabía cómo se arreglaban esos negocios.

¡Había sobornado tanta gente en su vida! ¿Cómo suponer que hubiera un periodista y un periódico que no se vendieran si se les pagaba bien? Á las cuatro, sin embargo, cuando volvió Barandet, sufrió una rara sensación de asombro. Su amigo llegó con aire poco satisfecho, se sentó en una butaca enfrente de Dartigues, que se obstinaba en sonreír, y dijo :

— ¡Mal asunto! El artículo es de Bertier-Massol, el diputado por Paris, y me ha declarado que tiene notas detalladas que le permiten interpelar al gobierno en condiciones desastrosas para usted.

— ¡Ah! exclamó Dartigues.

Pero el hombre práctico se sobrepuso en seguida y preguntó:

— ¿Qué se propone Bertier? No habrá emprendido esa campaña por el gusto de hacerme daño y de molestar al gobierno. ¿Qué quiere?

— Me lo ha dicho redondamente. Que retire usted su candidatura.

— ¿Trabaja en favor de Barres?

— Como todos los de su partido.

— ¿Y es Barres el que le ha lanzado contra mí?

— La cosa presenta todas las trazas...

— ¡Barres!

Dartigues, muy preocupado, se puso á dar paseos por su despacho. Asociaba en su pensamiento aquella ofensiva vigorosa con la desaparición de Pedro. Todo lo que había sabido de su hijo desde que salió de Mailane, era la compra de los papeles de Galbrán, que le contó Remancón. Su corazón se contrajo de repente. ¿Quién había dado á Bertier los datos que pretendía poseer? ¿Sería aquel el paquete de papeles comprado por Pedro y entregado á Barres?

El pensamiento de esta traición le pareció tan atroz, que le rechazó con horror. ¡Oh! no; Pedro no había entregado aquellos documentos á los enemigos de su padre. Pero habiéndolos tenido en su poder había, acaso, cedido á la curiosidad de leerlos. Al recordar los incidentes en que Galbrán intervino, Dartigues bajó la cabeza muy preocupado. ¿Por qué los negocios que en aquel tiempo le parecían naturales y

corrientes, se le representaban ahora como ilícitos y sucios? ¿Era que la idea de su responsabilidad moral ante su hijo, despertaba en él una nueva conciencia? Su frente se bañó de sudor. Pero pronto recobró su energía y dijo con entonación de cólera:

— ¡No cederé, sin embargo, ante tales amenazas! Si me atacan, me defenderé. No soy hombre de desanimarme por tan poco... ¿Pero de dónde viene el golpe?

— ¡Ah! respondió Barandet con misterio. Esa es la parte grave del asunto. Tiene que venir de alguien que esté muy cerca de nosotros... El que ha informado á Bertier conoce sus negocios de usted como usted mismo...

Dartigues se paró de pronto, miró á Barandet y dijo en tono de amenaza:

— ¡Usted sospecha de alguien! ¡Su nombre!

— ¡Bah! Nómbrele usted mismo; ya sabe de quién hablo...

— ¿Claudio Brun?

— ¡Pardiez! ¿Por dónde anda hace una semana? Haciendo un viaje de negocios, según él; pero no hay tal cosa. Está en Paris y trabaja contra usted. ¡Ha sido una gran falta el indisponerse con él!

— Dartigues palideció de rabia y después toda su sangre le afluyó á la cara en una oleada tan violenta, que tuvo que apoyarse en la chimenea para no caer.

— ¿Qué iba á hacer yo? Me ha amenazado, me ha puesto en un aprieto...

— ¡Bah! Debió usted prometerle todo lo que quería, sin perjuicio de negárselo después... Las circunstancias nos permiten siempre desdecirnos...

Aquel era su modo de proceder y Dartigues hubiera seguido el consejo en otras circunstancias. Pero se

trataba de Pedro, y el ascendiente que éste había tomado sobre su padre no le permitía ya obrar sin escrúpulos. El banquero dijo gravemente:

— Era imposible. Quería casarse con Bella y mi hijo la ama.

Barandet manifestó un serio descontento y una lastimosa desaprobación.

— Mi querido Dartigues, permítame usted que le diga que trayendo á su lado á ese muchacho hizo usted una enorme tontería. Estaba usted en toda su fuerza y gozaba de toda su voluntad y se fué á echar encima un hijo molesto, lleno de ideas puritanas y que hizo causa común con sus peores enemigos. Lo que hoy sucede es la consecuencia de aquella falta. Pero todo puede repararse. Creo haber comprendido que Bertier ha hecho su artículo de memoria y por simples dichos... Espera las pruebas para hacer su interpelación, y si es Claudio el que se las ha prometido, no hay más que desarmar á Claudio y Bertier se quedará en un pie y con su interpelación en el aire.

— Pero habrá que acceder á su deseo y eso es imposible...

— ¡Bah! Hable usted con él y catequicele. No será la primera vez. Es usted maestro en ese arte. Pero ¡por Dios! nada de rigorismos ni de preocupaciones. ¡Flexibilidad! ¡Flexibilidad! No se hacen los negocios con aire gruñón ni con ideas preconcebidas...

— Dice usted que Claudio Brun está en París. ¿Es una suposición ó está usted seguro de lo que dice?

— Absolutamente seguro. Le vi ayer y él trató de esconderse... Le repito á usted que todo viene de él... Es un hombre rencoroso. ¿Cómo ha podido usted ponersele enfrente?

Dartigues no respondió. Se quedó reflexionando y

al cabo de un instante mostró á Barandet una cara sonriente y tranquila.

— Tiene usted razón. Es preciso que le vea y le convenza. ¿Quiere usted llamar por teléfono á su casa y decir que, si está allí, venga en seguida?

— ¡Enhorabuena! exclamó Barandet con satisfacción. Le reconozco á usted... Ahora el éxito es seguro.

Y el viejo se puso á dar tormento al aparato, colocado en un ángulo del despacho. Sonó el timbre. Entretanto Dartigues se sentó y se puso á meditar. En su mente se evocaba el pasado y aparecía Claudio y la pérfida influencia que había ejercido sobre él. ¿No era él quien le había arrastrado fuera de Europa por sus malos consejos? ¿No era él quien había roto la unión de su matrimonio por sus insinuaciones calumniosas sobre Francine? Sabía que era un hombre duro y malo, pero cobarde é incapaz de resistirle de frente. Había sospechado antes que Barandet que el golpe venía de él, pero la imposibilidad de transigir sin sacrificar á Pedro le había impedido tomar la resolución que aquél le aconsejaba. Ahora, pensaba en los medios de traer al traidor al buen camino y ya una sonrisa de desdén pasaba por sus labios. ¡Claudio Brun resistir á Dartigues! ¿Quién lo hubiera previsto? ¿Era posible?

Barandet le puso una mano en el hombro.

— No me engañaba. Dicen en su casa que llegó ayer á París... ¡Es mentira, pero adelante!... Y que dentro de un cuarto de hora estará aquí... Procure usted ser el más listo... Y ahora le dejo.

— ¿Hasta esta noche?

— Si. Voy á ver al presidente del Consejo y á procurar calmarle. Estos antiguos revolucionarios son asombrosos. Cuando están en el poder, olvidan lo que

ellos hicieron á los demás y pretenden que los dejen en paz. ¡Disponer del presupuesto y vivir en paz! ¡ Ahí es nada!

Estrechó la mano á Dartigues y se marchó.

En el jardín del hotel, poblado de frondosos castaños, se oían unos alegres ladridos que atrajeron á Dartigues á la ventana. Era el perro de aguas, de su hija, que estaba jugando con ella. Bella estaba vestida con un traje azul de corte de sastre y esperaba el momento de ir á reunirse con Pedro en el Bosque. La tranquila juventud y el encanto sonriente de Bella contrastaba de tal modo con la imagen sardónica y envejecida de Claudio que Dartigues tenía en el pensamiento, que se le impuso como irresistible la imposibilidad de acordar aquellos dos seres tan diferentes en lo físico y en lo moral.

¿ Á qué conducía, por otra parte, ceder en este punto y dejar á Claudio el campo libre para cortejar á Bella? La hija del general no dependía de Dartigues y si amaba á Pedro ¿ cómo obligarla á casarse con aquel vejstorio? ¿ Y qué esperanza quedaba entonces de arreglar las cosas con Brun? ¿ Apelar á su razón y á su interés? Sí, podía ser. ¿ Dirigirse á su corazón y á su generosidad? ¡ Vana esperanza! Conocía la sensibilidad de su compañero. Le había visto en Gabes indiferente y feroz ante las miserias de los obreros diezmados por la disentería. ¿ Se les pagaba? ¿ Se les debía algo? Pues al diablo aquellos famélicos mendigos. Tratar de conmover á Claudio equivalía á arrancar lágrimas de una piedra. Acaso amenazándole consiguiese desarmarle.

Se oyó un ruido de puertas y Claudio apareció en el despacho con cara sonriente, sin timidez y como si volviere cordialmente á ver á su amigo después de haberle

dejado el día anterior. Se dejó estrechar la mano por Dartigues y dijo :

— Era inútil llamarme, porque estaba subiéndome en el coche para venir. ¿ Qué hay?

— Esto.

Por los ojos de Claudio pasó un relámpago, pero sus párpados se cerraron en seguida para ocultar sus impresiones.

— ¡ Ah! El artículo de ese periódico... ¿ Y qué pesa una hoja de papel impreso? Hemos recibido sin conmovernos andanadas de injurias. ¿ Qué te altera hoy?

— No es el artículo en sí mismo sino la sospecha de que me hace traición alguno de los que me rodean.

— ¡ Oh! ¿ Verdaderamente? ¿ Y quién?

— Tú.

— ¡ Yo, hacerte traición! Pero si eso sería hacérmela á mí mismo... Somos los dos uno...

— ¡ En efecto!

— ¿ Me crees tan estúpido?

— Te creo cegado por el odio.

— ¿ Y por qué te he de odiar?

— Porque he cesado de favorecerte.

Claudio hizo un gesto que le descubrió los dientes, como si fuese á morder. Se encogió de hombros con desdén y dijo :

— No necesito á los demás ni los demás á mí. Sé lo que valgo y no permito que me desdeñen...

— Pues bien, di tu precio. Podemos llegar á entendernos.

Brun hizo un movimiento hacia Dartigues y dijo :

— ¿ Empiezas á ser razonable?

— ¿ Hay medio, contigo, de no serlo? Tienes unos argumentos irresistibles.

Claudio se engañó acerca de la mansedumbre de Dartigues y creyó posible una capitulación.

— ¡Ah! Si quisieras hacer lo que te pedí en Maillane y me rehusaste tan cruelmente...

— Bueno; tratemos de ponernos de acuerdo. ¿Confesas qué eres tú el que ha dado datos á Bertier?

— Era un ardid de guerra.

— Sea. ¿Pero qué le has entregado además de las notas para su artículo?

— Nada todavía. Por mi honor...

— ¡Por tu honor! dijo Dartigues con amargura. Preferiría otra garantía... Pero, en fin, vaya por el honor... ¿Qué documentos debias proporcionarle? Un hombre prudente como Bertier no se mete en un asunto así sin exigir pruebas...

— Toda la contabilidad del negocio de Gabes...

— ¿La has guardado?

— Sí.

— Habíamos convenido que la quemarías...

— ¡Bah! No se priva uno de tales armas.

— ¿Contra su socio?

— Ya ves que no hice mal.

— ¿Pero dónde están esos documentos?

— En mi casa. Los guarda Lavardán.

— Tu secretario... ¿Y sabe lo que tiene entre las manos?

— Tú me tomas por otro. El paquete está sellado y él no tiene más que la llave del mueble que le encierra.

— ¿De modo que si le escribes que te lo envié ó lo entregue á cualquiera que lleve una carta tuya?...

— Lo entregará, seguramente.

— Pues bien, siéntate ahí y escríbele que me traiga ese paquete.

— ¿Y después?

Dartigues llevó á Claudio á la ventana y dijo señalando á Bella, que estaba en el jardín.

— ¡Mírala!

— ¿Me la darás? preguntó Claudio temblando.

— Devuélveme esos papeles y veremos después.

— ¡Oh! tratas de engañarme una vez más. No tendrás nada sin garantía.

— ¿Y cuál quieres por escribir? El tiempo apremia y Bertier espera...

— Lo sé. ¡Oh! Bien cogido te tengo.

— ¿Quieres que Bella te pida esos papeles?

— ¡Palabra de mujer! La boca dirá sí y el corazón dirá no.

— ¿Pues qué exiges?

Claudio se acercó á Dartigues con autoridad y extendiendo la mano como para mandar, respondió :

— Exijo que delante de ella y de tu mujer declares que soy el árbitro de tu porvenir, que puedo á voluntad destruirlo ó asegurarlo, y que obtengas de la madre y de la hija que se comprometan conmigo. Cuando me hayan dado su palabra, estaré seguro y podrás disponer de mí como de un criado...

— ¿Y si no?...

— Si no, los papeles estarán esta noche en casa de Bertier y puedes contar con un desastre...

Dartigues cerró los puños con tal fuerza que las articulaciones chasquearon y dió un paso hacia Claudio con una cara tan espantosa que su cómplice palideció.

— ¡Dartigues!... dijo aterrado.

— ¡Escribe! contestó Dartigues empujándole hacia el escritorio. Te doy tres minutos para escribir á Lavardán que traiga aquí los papeles.... Y cuidado... ¡Te va en ello la vida!

— ¿Estás loco?

— Estoy muy cuerdo. Si dentro de tres minutos no has escrito á tu secretario, tan verdad como que eres un canalla, te levanto la tapa de los sesos.

Abrió un cajón y cogiendo un revólver, le apoyó en la frente de Claudio. Éste se volvió, para apartar la línea de tiro, y dijo tranquilamente :

— Ya se lo que quería saber. Es inútil que me amenaces. Te he tendido un lazo y has caído en él. Lavar-dan no tiene documento alguno... Le escribiré si quieres, pero no tendrá objeto. He tomado mis precauciones y si pierdes la razón hasta el punto de deshacerte de mí, además del asunto de Gabes, tendrás el de la avenida Hoche... ¡Cómo decaes, amigo mío!...

— ¡Miserable! rugió Dartigues.

— ¡Imbécil! ¿Crees que puedes deshacerte de Claudio Brun como de un criado inútil? ¿Qué serías tú sin mí? Habrías muerto hace mucho tiempo de miseria y de vicios. ¿Te haces la ilusión de poseer un valor cualquiera? Bien sabes que siempre has sido un muñeco en mis manos. Todas tus victorias públicas han obedecido á mis planes secretos y hoy soy tan rico como tú, vanidoso fanteche, pero yo no estoy comprometido. Has sido el jefe y debes pagar por todo el mundo.

Dartigues palideció de cólera impotente.

— No me reducirás tan fácilmente como crees. Me atacan como hombre político; no tengo más que retirar mi candidatura por Maillane.

Claudio hizo un gesto de desprecio.

— ¿Y crees que así cambiará la situación? Si Bertier renuncia á atacar al gobierno por tu candidatura semioficial, no tengo más que pasar los documentos á un diputado de la derecha, que interpelará por las irregularidades... En todo caso tu negocio es

malo... No puedes salir adelante más que obedeciéndome.

— Dame tiempo para reflexionar.

— Te escaparías.

— ¿Quieres ahogarme?

— Tú querías matarme hace un momento.

— ¿Pero puedo yo obligar á Bella?

— No; pero puedes hacer saber á tu hijo el peligro que su amor te hace correr...

— ¿Revelarle estas infamias? exclamó Dartigues.

— No eras tan severo en otro tiempo, cuando tratabas estas cosas de pecadillos...

— Pero hablar á Pedro...

— Mejor será que sepa las cosas en familia que en público.

— ¡Pedirle tal sacrificio! ¿Á cambio de qué?

— ¿No es tu hijo?

— ¡Sí, por su desgracia!

— ¡Bah! Fuiste á buscarle para que sirviera tus designios.

— ¡Ah! Entonces no le conocía.

— Te has vuelto muy sentimental. Cuando le abandonaste con su madre, no hiciste tantos aspavientos...

— ¿Y habrá que contarle eso también?

— Ya se habrá encargado de hacerlo su madre.

— Entonces me rehusará toda concesión y todo auxilio.

— Su interés es sacarte de apuros. Es tu hijo.

— Pero ama á Bella.

— Pues que deje de amarla. Tú también amabas á Francine.

— ¡Desgraciado! Ella también me amaba y tú la calumniaste bajamente para hacerme abandonarla.

Tú me hiciste cometer esa infamia irreparable. ¿Y para qué?

— Para hacer de ti un hombre rico en primer lugar, y después un hombre poderoso, si sabes obedecerme...

— ¡No puedo! ¡Ver á Pedro! ¡Revelarle!... No, no; es superior á mis fuerzas. ¡No me perdonará nunca!

— Es probable. Y al mismo tiempo se separará para siempre de Bella... Vamos, es preciso. No tienes otra solución.

Claudio vió á Dartigues anonadado y sin fuerzas en el fondo de una butaca. Echó á su compañero una mirada de lástima, se encogió de hombros y dijo:

— ¡Me das lástima! ¿Quién lo hubiera creído? ¿Quieres que me encargue de la comisión?

— ¿Para mi hijo?

— No. Ese tiene la mano ligera y la sangre caliente. Iré á ver al doctor Appel y le pondré al corriente de la situación...

— ¡Appel! Es lo mismo que ir á Francine. ¿Después de lo que hice, recurrir á su piedad? ¡Imposible!

— Es el único medio de obtener la renuncia de Pedro.

— No quiero.

— ¿Te burlas?

— No quiero.

— ¿Quieres que se lleve á la tribuna el asunto de Gabes?

— No quiero ser mal padre, después de haber sido mal hombre y mal esposo.

— Te sacrificas á tu hijo, dijo Claudio en tono de burla.

— Bastante he sacrificado á los demás.

Dartigues se levantó con la cara contraída por la

angustia, pero con el ánimo aliviado por una satisfacción íntima. Había tomado su resolución.

— Observa, dijo Claudio, que te arrojas al agua para evitar el mojarte. El escándalo que habrá en la Cámara llegará á tu hijo antes que tus revelaciones.

— Pero no tendré la vergüenza de pedirle que se sacrifique á mi seguridad.

— Se separará de ti y de Bella, y será lo mismo.

— Entonces, conténtate con esa solución y no me pidas más.

— Reflexiona. Te concedo hasta esta noche. Sé razonable. Te juegas tu situación á una carta.

— Y tú juegas tu vida. No lo olvides.

— ¡Qué me importa la vida, si no obtengo á la que deseo apasionadamente!

— Lo que haces es muy infame.

— Lo juzgas así porque te molesta. Si te agradase, lo encontrarías muy natural. No desmientas en un momento todos los principios de tu vida. Lo que es ventajoso, es bueno. Mira dónde está tu ventaja.

— Ahora lo sé.

— ¿Quieres que te envíe á Remancón para que hable de esto contigo?

— No aceptaré consejos de nadie.

— Observa que no soy tu enemigo. Eres tú el que quiere serlo mío.

— Me estás cansando. Vete.

Claudio Brun dió un paso, se inclinó hacia Dartigues, que seguía extendido en la butaca, y le dijo señalando al revólver que estaba en la mesa:

— Nada de resoluciones extremas. No salpiques de sangre tu casa nueva... La muerte no arreglaría nada.. Detrás de ti la situación sería la misma...

Dartigues no respondió. Inclinó la cabeza sobre el